

AMÉRICA LATINA

CRECERÁ 2.2%

EN 2026;

LA PRODUCTIVIDAD,

EL EMPLEO Y LA INVERSIÓN

SIGUEN

BAJO PRESIÓN

OAXACA DE JUÁREZ, OAXACA. OCTUBRE DE 2026

EL BANCO MUNDIAL PREVÉ UNA EXPANSIÓN ECONÓMICA DE 2.2% PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE. LAS ELEVADAS TASAS DE INTERÉS, LAS RESTRICCIONES FISCALES Y LAS BRECHAS DE PRODUCTIVIDAD LIMITAN EL POTENCIAL DE LA REGIÓN Y DIFICULTAN QUE EL CRECIMIENTO SE TRADUZCA EN MEJORES CONDICIONES DE VIDA.

América Latina y el Caribe crecerán 2.2% en 2026, una expansión moderada que refleja la capacidad de la región para resistir un entorno internacional complejo, pero también las dificultades estructurales que frenan su desarrollo. El pronóstico, publicado por el Banco Mundial el 6 de octubre, se compara con el crecimiento de 2.4% registrado en 2025 y confirma que la economía regional continúa avanzando a un ritmo limitado.

Detrás de este indicador hay un desafío que va más allá de las cifras: conseguir que el crecimiento económico se traduzca en empleos mejor remunerados, mayores ingresos familiares y oportunidades reales para quienes enfrentan condiciones de desigualdad. Una economía puede mantener cierta estabilidad y, aun así, no generar suficientes oportunidades para mejorar la vida de millones de personas.

El problema no consiste únicamente en cuánto crece la región, sino en qué capacidad tiene para transformar ese crecimiento en bienestar sostenible. Para lograrlo, América Latina necesita fortalecer la inversión, elevar la productividad de sus empresas, mejorar las competencias de sus trabajadores y ampliar las oportunidades económicas en las comunidades con mayores rezagos.

El Banco Mundial advierte que los elevados costos del financiamiento y la carga de los intereses de la deuda pública continúan restringiendo tanto el crédito como la capacidad de los gobiernos para invertir. A estas presiones se suman la incertidumbre internacional y los riesgos inflacionarios asociados, entre otros factores, con la volatilidad de los precios de la energía. Banco Mundial, octubre de 2026.



DOS VELOCIDADES DE

CRECIMIENTO EN AMÉRICA LATINA

El promedio regional oculta trayectorias económicas muy diferentes. Mientras algunas economías mantienen un dinamismo superior al promedio, otras enfrentan mayores dificultades para atraer inversiones, fortalecer su mercado interno y generar empleos de calidad.

Según el Banco Mundial, El Salvador y Paraguay destacan por su crecimiento, impulsados por una combinación de mejores condiciones de seguridad, esfuerzos de consolidación fiscal e inversión privada. Panamá y República Dominicana también presentan un desempeño favorable, asociado con políticas sostenidas y condiciones que han permitido mantener un mayor dinamismo económico.

LA INVERSIÓN PRODUCTIVA, LA FORMA-

CIÓN LABORAL, LA INFRAESTRUCTURA Y LA

INCORPORACIÓN DE TECNOLOGÍA SON ELE-

MENTOS ESENCIALES PARA AMPLIAR LAS

OPORTUNIDADES DE CRECIMIENTO.

Estas experiencias muestran que el crecimiento regional no está determinado exclusivamente por las condiciones externas. La estabilidad macroeconómica, la calidad de las instituciones, la confianza para invertir y la continuidad de las políticas públicas también influyen en la capacidad de cada país para ampliar su actividad productiva.

Para México, el desafío consiste en fortalecer las condiciones que permitan aprovechar sus capacidades industriales, comerciales y humanas. La inversión productiva, la formación laboral, la infraestructura y la incorporación de tecnología son elementos esenciales para ampliar las oportunidades de crecimiento y evitar que las diferencias entre sectores y regiones continúen limitando sus beneficios.

Sin embargo, crecer más no es suficiente si los resultados se concentran en determinadas actividades económicas o territorios. El reto consiste en generar oportunidades que alcancen también a las pequeñas empresas, los trabajadores independientes y las comunidades que enfrentan mayores obstáculos para incorporarse a los circuitos de inversión y desarrollo.

TASAS DE INTERÉS Y RESTRICCIONES

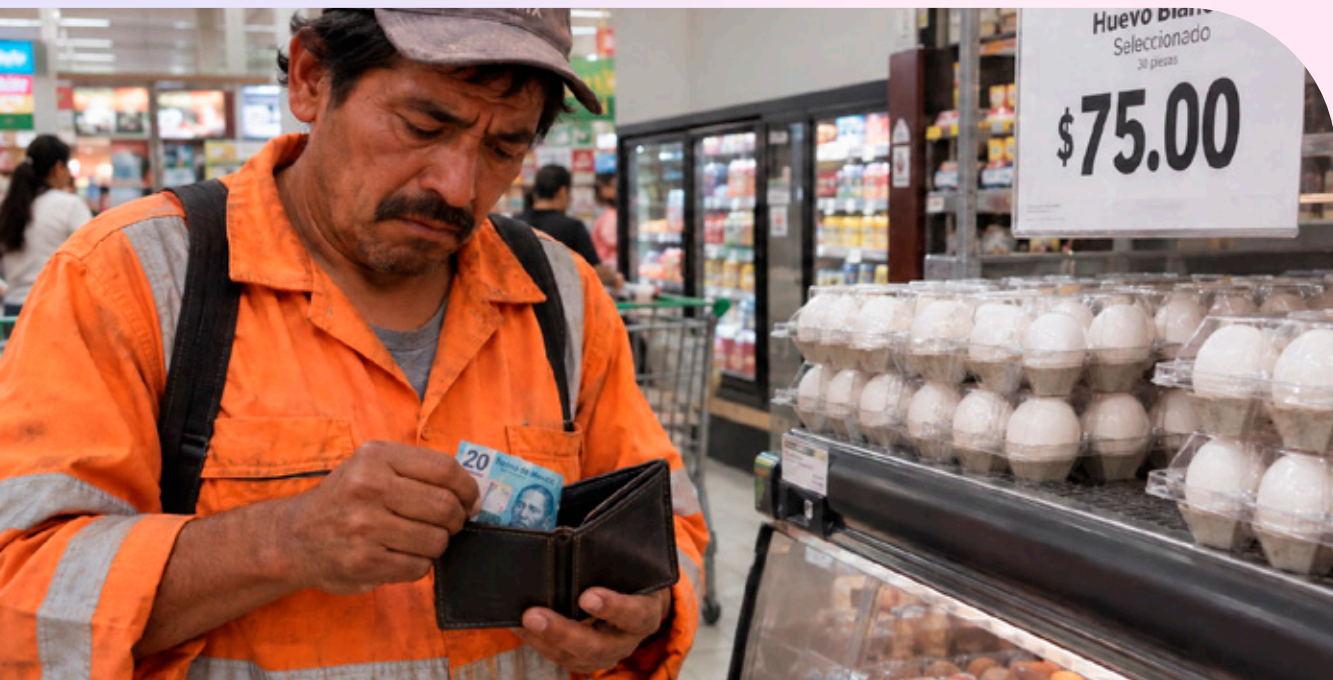
FISCALES: EL COSTO DE CRECER MENOS

El costo del financiamiento es uno de los factores que condicionan las decisiones económicas. Cuando el crédito se encarece, las familias pueden posponer la compra de bienes duraderos y las empresas reducir o aplazar inversiones en maquinaria, tecnología, instalaciones y contratación de personal.

Esta situación tiene consecuencias que trascienden los mercados financieros. Una empresa que no puede invertir encuentra mayores dificultades para ampliar su producción; un negocio que no crece tiene menos posibilidades de contratar trabajadores, y un hogar con ingresos limitados dispone de menos margen para enfrentar imprevistos o invertir en su propio bienestar.

A estas restricciones se suma el espacio fiscal limitado de los gobiernos. El pago de intereses de la deuda absorbe recursos que podrían destinarse a infraestructura, educación, salud, agua potable y otros servicios fundamentales para el desarrollo. No se trata de ignorar las obligaciones presupuestarias, sino de encontrar un equilibrio que permita preservar la estabilidad financiera sin postergar indefinidamente las inversiones que necesita la población.

La inflación añade otra presión. Cuando los precios aumentan más rápido que los ingresos, disminuye el poder adquisitivo de las familias, particularmente de aquellas que destinan una proporción importante de su presupuesto a alimentos, transporte, energía y vivienda. Por eso, la estabilidad de los precios debe acompañarse de mejores oportunidades laborales y de condiciones que permitan a los hogares fortalecer su capacidad económica.



LA BAJA PRODUCTIVIDAD, UN

OBSTÁCULO ESTRUCTURAL

Más allá del financiamiento y las restricciones presupuestarias, la productividad continúa siendo uno de los principales desafíos de América Latina. Las diferencias en infraestructura, tecnología, capacitación, innovación y acceso al crédito limitan la capacidad de muchas empresas para producir más, mejorar sus procesos y competir en mercados de mayor alcance.

El problema es especialmente relevante para las micro, pequeñas y medianas empresas, que pueden enfrentar dificultades para adquirir equipos, modernizar sus operaciones, capacitar a sus trabajadores o acceder a herramientas digitales. Cuando estas limitaciones se prolongan, los negocios tienen menos posibilidades de crecer, generar empleos formales y mejorar los ingresos de quienes dependen de ellos.



CMT:

CORRESPONSABILIDAD

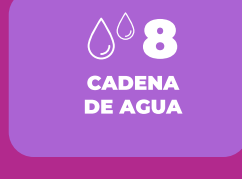
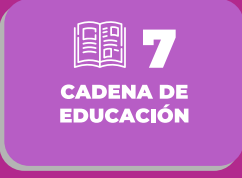
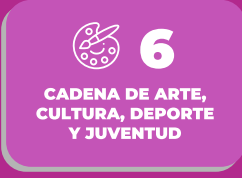
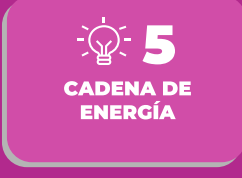
PARA FORTALECER EL

BIENESTAR COMUNITARIO

En este contexto, Congregación Mariana Trinitaria (CMT) impulsa alternativas de colaboración orientadas a atender carencias sociales y fortalecer las condiciones de bienestar de las familias y comunidades que más lo necesitan.

A través de su Modelo de Ecosistema de Bienestar CMT, la organización promueve la articulación de esfuerzos entre ciudadanía, gobiernos y otros actores sociales para contribuir al desarrollo comunitario. Su enfoque parte de la corresponsabilidad y de la participación de distintos sectores en la identificación de necesidades y la construcción de soluciones.

Las acciones relacionadas con el mejoramiento de la vivienda, el acceso y almacenamiento de agua, las ecotecnologías y el fortalecimiento de actividades productivas pueden contribuir a mejorar las condiciones materiales de los hogares, aprovechar de manera más eficiente los recursos y generar entornos más favorables para el desarrollo.



La relevancia de este tipo de iniciativas reside en su capacidad para acercar alternativas a necesidades concretas. Sin embargo, su alcance debe entenderse como complementario: las acciones de las organizaciones sociales no sustituyen la responsabilidad de los gobiernos de garantizar servicios públicos, ni la necesidad de generar empleos dignos, impulsar la inversión productiva y mantener políticas económicas que favorezcan un crecimiento incluyente.

El desafío consiste en articular estos esfuerzos para que las soluciones locales formen parte de una estrategia más amplia de bienestar, con objetivos claros, participación comunitaria y resultados que puedan evaluarse.



El Banco Mundial también identifica la inteligencia artificial como una oportunidad para impulsar la productividad, aunque advierte que disponer de herramientas digitales no garantiza que las empresas sepan utilizarlas de manera eficaz. La capacitación de los trabajadores, las capacidades de gestión y la adaptación de los procesos productivos serán determinantes para convertir la innovación tecnológica en resultados económicos concretos.

Esto significa que la transformación digital no debe limitarse a las grandes compañías. Las empresas pequeñas, los productores rurales y los negocios locales también necesitan oportunidades para incorporar tecnología, acceder a conocimientos especializados y mejorar sus capacidades de operación.

Para México, avanzar en esta dirección requiere una estrategia que combine formación técnica, innovación, infraestructura, acceso al financiamiento y fortalecimiento de las economías locales. También exige reducir las brechas territoriales que dificultan la llegada de inversiones y servicios a las comunidades con menores oportunidades.

DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO AL

BIENESTAR DE LAS FAMILIAS

El panorama regional obliga a plantear una pregunta central: ¿cómo conseguir que una economía que crece moderadamente genere mejoras tangibles en la vida cotidiana?

La respuesta requiere políticas públicas que favorezcan la inversión y la creación de empleos dignos, pero también acciones que atiendan las carencias que limitan el bienestar de los hogares. El acceso al agua, una vivienda adecuada, la energía, la salud y las oportunidades productivas forman parte de las condiciones que permiten a las personas desarrollar sus capacidades y participar en la actividad económica.

Cuando una familia enfrenta gastos elevados para abastecerse de agua, dificultades para mejorar su vivienda o limitaciones para desarrollar una actividad productiva, sus posibilidades de destinar recursos a otras necesidades se reducen. Por ello, las soluciones que contribuyen a disminuir gastos recurrentes, aprovechar mejor los recursos disponibles y fortalecer las capacidades de los hogares pueden complementar los esfuerzos orientados a mejorar sus condiciones de vida.

Este enfoque también implica reconocer el papel de las comunidades. La participación organizada de la ciudadanía, en coordinación con los gobiernos, las organizaciones sociales y el sector privado, puede ayudar a identificar necesidades prioritarias, movilizar recursos y construir respuestas adecuadas a las condiciones de cada territorio.

El desarrollo no se produce únicamente mediante grandes inversiones. También requiere soluciones pertinentes, sostenibles y accesibles que permitan a las personas mejorar su entorno y ampliar sus oportunidades.



EL VERDADERO INDICADOR: MEJORES

OPORTUNIDADES PARA VIVIR

El pronóstico de crecimiento de 2.2% para América Latina y el Caribe en 2026 no determina por sí mismo el futuro de la región, pero sí pone de manifiesto la urgencia de atender los obstáculos que limitan su potencial productivo y social.

La estabilidad económica es necesaria, pero no suficiente. Sin inversión sostenida, empresas capaces de innovar, trabajadores con mejores oportunidades de formación y comunidades con acceso a servicios esenciales, el crecimiento corre el riesgo de quedarse corto frente a las necesidades de la población.

Por ello, el reto exige decisiones coordinadas y de largo plazo. Los gobiernos deben fortalecer las condiciones para invertir y mejorar los servicios públicos; las empresas necesitan innovar, elevar su productividad y generar empleos de calidad; las instituciones educativas deben contribuir a desarrollar las competencias que demanda una economía en transformación, y las organizaciones sociales pueden sumar capacidades para atender necesidades comunitarias concretas.

La ciudadanía, por su parte, debe tener oportunidades reales de participar en las decisiones que afectan su entorno y en los proyectos que contribuyen a mejorar sus condiciones de vida.

El éxito económico de América Latina no debería medirse únicamente por el tamaño de su producto interno bruto, sino también por la capacidad de sus sociedades para convertir los recursos, la inversión y el trabajo en bienestar compartido. El desafío es pasar de una economía que apenas avanza a una región que genere oportunidades más amplias, reduzca sus desigualdades y permita que ninguna comunidad quede al margen del desarrollo.